



SAN ANTONIO ABAD.

ROMANCE HISTORICO

DE S. ANTONIO ABAD,

EGEMPLAR ANACORETA DEL DESIERTO.

Refiérese cual fué la tentacion mas fuerte que tuvo este bienaventurado en aquella soledad, y como supo librarse de ella.

PRIMERA PARTE.

El soberano Jesus,
Criador de cielo y tierra,

Redentor y Salvador
de nuestra naturaleza,

illustre mi entendimiento,
 ilumine mis potencias,
 le dé ánimo á mi pluma,
 para que yo escribir pueda
 el caso mas prodigioso,
 la mas grande resistencia,
 que el glorioso San Antonio
 tuvo con la infernal bestia;
 y como supo librarse
 de las cautelosas tretas
 de aquel maldito dragon,
 que nos engaña y enreda.
 Confiando pues en Dios,
 y la soberana Reina
 Madre de los afligidos
 Maria Señora nuestra,
 confio que he de salir
 victorioso con mi empresa.
 Pido pues á mis oyentes,
 que con silencio me atiendan,
 y oirán el caso mas grande
 que en los anales se encuentra.
 Digo pues como saliendo
 una mañana risueña
 el glorioso San Antonio
 de su ermita muy pequeña,
 despues de sus devociones,
 á su vergel se endereza,
 rezando oraciones varias,
 y á muy corto trecho encuentra
 un hombre tegiendo redes,
 é imaginando que eran
 para coger animales,
 no conociendo quien era,
 con palabras amorosas
 le dijo de esta manera:
 ¿no me harias una red
 para que yo coger pueda
 los animales silvestres,
 que con grande ligereza

me destruyen el jardin?
 Y al punto dió por respuesta:
 ve á donde llevas intento,
 que la tendrás á la vuelta.
 Caminando pues el Santo
 mas adentro de las breñas,
 halló un rio, y vió salir
 una muger muy perfecta,
 del todo desnuda en carnes,
 que en aquella hora mesma
 del rio habia salido,
 y que parecia honesta,
 de buen porte y muy hermosa,
 y en su compañía lleva
 cinco mozuelas de mucho
 garbo, brio y gentileza,
 que aun estaban en el rio
 bañando sus carnes tiernas.
 Asi que el Santo la vido,
 torció su vista y cabeza;
 y la señora le dijo
 con dulces palabras tiernas,
 engañosas persuasiones,
 y artificiosa cautela:
 ruégote, hombre solitario,
 no huyas, que te detengas,
 pues deseo hablar contigo,
 porque me enseñes la senda
 del camino verdadero,
 que es lo que mi amor desea.
 Al oír estas razones,
 el Santo confuso queda;
 y ha empezado la señora
 á reprender las mozuelas,
 diciendo: muy mal parece
 estaros de esa manera
 delante de un hombre santo;
 sañen, y á vestirse empiezan.
 Y Antonio le dijo entonces:
 tú reprendes á tus siervas

con tan buenos documentos,
 y estás de aquesta manera?
 No pensaba (dijo entonces
 la dama) y jamás creyera
 que un hombre tan virtuoso,
 de santidad tan perfecta
 como tú, en muger alguna
 tendria la vista puesta;
 porque cualquier hombre santo
 debe mirar á la tierra,
 como que de ella ha salido,
 y debe volver á ella.
 Quedóse admirado el Santo
 al oír esta sentencia;
 hizole sentar la dama,
 y con palabras honestas
 le dijo: cuánto ha que sirves
 á Dios entre aquestas peñas?
 Y el Santo le respondió:
 creo que mas de setenta.
 Y compasiiva le dice:
 sé muy bien de las tormentas,
 las muchas tribulaciones,
 y tentaciones diversas
 con que el demonio ha querido
 apartarte de las buenas
 obras que estás egerciendo
 entre estos riscos y breñas.
 Tambien sé por muy estenso,
 como la soberbia fiera
 del demonio te ha dejado
 muchas veces ya sin fuerzas,
 casi á punto de morir;
 y la benigna clemencia
 del altísimo Señor,
 que á quien le sirve no deja,
 te ha librado de la muerte.
 Y Antonio dió por respuesta:
 todos esos y otros muchos
 pasaré yo con paciencia,

que mi mayor gusto es
 con el diablo tener guerra.
 Díjole la dama entonces:
 Padre santo, yo quisiera
 me dijeras lo que sacas
 de vivir entre estas breñas
 tan triste y tan solitario,
 tan espuesto á que las fieras
 te maltraten y te maten,
 sabiendo por cosa cierta,
 que habitan en las ciudades
 hombres de muy altas prendas,
 á quien el Señor ha dado
 infinitas resistencias,
 y morando en las ciudades
 siempre han podido vencerlas.
 Sube, sube en este coche,
 dale consuelo á tus penas;
 verás en esa ciudad,
 que miras de aqui bien cerca,
 todo lo rico y lo hermoso,
 de que me encuentro yo dueña,
 y me pagan el tributo
 los que están viviendo en ella
 desde que murió mi esposo,
 y no por eso me deja
 de dar Dios lo necesario,
 y de premiarme las buenas
 costumbres y calidades
 que uso con las gentes estas.
 Admirado quedó el Santo
 de conversacion tan buena,
 y sentándose á su lado,
 empezaron su carrera.
 Entraron en la ciudad,
 vió sus calles muy compuestas,
 con variedad de gentío,
 y tan rica y opulenta,
 que pensó que era imposible
 que hubiese otra como ella.

4
Tenia en medio una plaza,
y en ella una fuente bella,
deliciosa y apacible,
sus muros y torres eran
de piedra mármol, tan altas,
que era admiracion el verlas.
En lo mas alto tenia
una grande fortaleza:
las puertas eran de bronce,
y mucha gente de aquella
vió que por todo el contorno
estaba de centinela;
tambien muchos animales,
que para diversion eran.
Viendo esto San Antonio,
como aturdido se queda;
y dijo la dama entonces:
Padre ¿no es grande é inmensa
de Dios la misericordia?
sabad pues por cosa cierta,
que tambien me ha dado Dios
el poder para que pueda
curar los ciegos, los sordos,
mudos, mancos y sin piernas,
paralíticos, leprosos.
Y para hacer la esperiencia,
mandó luego á sus criados
que con grande ligereza
le tragesen los enfermos
que por la ciudad hubiera:
se fueron y los trageron,
y al punto sanos los deja.
Quedose admirado el Santo,
y le dijo entonces ella:
Padre santo, si tú hubieses
sabido la vida buena
de mi difunto marido,
nada de eso hiciera fuerza,
pues al eco de su voz,
estando muerto cualquiera,

le daba otra vez la vida.
Preguntó el Santo, cual era
su manera de vivir.
Y ella dijo: cosa es cierta,
que visito los enfermos,
defiendo vidas ajenas,
á los huérfanos amparo,
y consuelo en sus miserias
les doy á los afligidos;
y revoco la sentencia
á los que están sentenciados,
porque nadie les ofenda.
Ya puedes considerar
aquesta vida si es buena.
Tambien le dijo: sabrás
como está de aqui muy cerca
un falso Rey que pretende
de que yo su esposa sea;
y yo consentir no quiero
á sus villanas promesas,
que cuando murió mi esposo,
me encargó en grande manera,
que si llegaba á casarme,
que con hombre santo fuera.
Y supuesto que tú habitas
tantos años estas breñas,
te diré mi pensamiento,
y lo que mi amor desea.
En donde los dejaremos
en esta parte primera,
que el ingenio en la segunda
ofrece al pie de la letra,
si le prestan atencion,
darle fin á aquesta idea,
como San Antonio Abad,
con la divina asistencia,
se libró de los enredos
de aquella maldita fiera,
que intentaba que cayese,
y que la gracia perdiera.

que encierra en sí el matrimonio,
 porque si á tí te constara,
 jamás lo despreciarias.

Y el Santo le dijo: hermana,
 ya ves que es cierto me hallo
 en edad adelantada,
 mi cuerpo ya estenuado,
 mi compleción resfriada,
 las fuerzas ya se me fueron
 de los brazos, y se hallan
 mis pies y manos sin tacto,
 su virtud aniquilada;
 y así no pienses en eso,
 que muy cerca está mi alma
 de ir á gozar del Señor;
 no quiero perder su gracia.
 También digo, que el demonio
 me dijo á mí cara á cara,
 que de mí se vengaría
 en figura de una dama,
 y creo que tú eres ella.
 Quedó la dama turbada,
 y arrojándose á sus pies
 le dijo: estoy admirada
 de que un hombre como tú
 diga cosas tan estrañas.
 ¡Que digas que el matrimonio
 de su Dios al hombre aparta!
 siendo así de que está escrito
 en la escritura sagrada,
 que Dios crió á Adán del polvo
 de la tierra (cosa es clara)
 y á Eva de una costilla,
 y que dijo estas palabras,
 al verla Adán junto á sí
 tan hermosa y tan bizarra:
 este es hueso de mis huesos,
 carne de mi carne amada.
 ¡No le habló Dios á Noé,

mandándole fabricara
 un arca, donde sus hijos,
 su muger y él se salvaran
 del universal diluvio?

Salomón no nos declara,
 que no contento con una,
 admitió mugeres varias?
 Qué diremos de Moisés,
 el cual habló cara á cara
 con Dios, y fue desposado?
 no es cosa cierta y bien clara?
 También su hermano Aarón,
 el que elegido quedaba
 de Dios por su Sacerdote,
 no tuvo mugeres varias?
 Abraham, padre de sus hijos,
 no tuvo á Dios en su casa?
 También su hijo Isaac,
 á quien un Ángel libraba
 de la muerte, no casó?
 Jacob de su estirpe clara,
 en los doce hijos que tuvo,
 dejó sucesión muy larga.
 José no tuvo en Egipto
 hijos y muger amada?
 Pues si fuese verdadero
 lo que dices y declaras,
 de que apartan las mugeres
 á los hombres de la gracia,
 no les hubiera tratado
 con familiaridad tanta.
 ¿No nos dice el Evangelio,
 y abiertamente declara,
 que debe dejar el hombre
 sin alguna repugnancia
 padre y madre, por unirse
 con su esposa muy amada?
 También el señor San Pedro,
 á quien el Señor le daba

las llaves de abrir el cielo,
 del matrimonio gozaba.
 Si sabes que es todo esto
 de la escritura sagrada,
 dime, para qué atormentas
 tu cuerpo con pena tanta?
 Acércate á mí, no temas,
 gustarás delicias largas
 del matrimonial estado:
 deja ya aspereza tanta,
 toma aliento, esfuerzo cobra,
 acerca hácia mí la cara,
 que ya es razon que descanses
 de tantas fatigas y ansias.
 Atónito quedó el Santo,
 que todo esto escuchaba,
 sin saber que responderle;
 y ella que ya le miraba
 como que iba á consertir,
 alargó su mano blanca,
 y la puso en su cabeza
 con intencion muy dañada,
 la otra en su escapulario,
 por ver si se lo quitaba.
 Mas reconociendo el Santo,
 que era el demonio la dama,
 exclamó en muy altas voces:
 ó Redentor de mi alma,
 dulce Jesus de mi vida,
 seais vos en mi compañía,
 porque el demonio desea
 que en la tentacion yo caiga.
 Al instante se volvió
 un monte negro la dama,
 que arrojaba espeso humo,
 y luego aquellas criadas
 dieron todas contra el Santo
 con gran grito y algazara,
 dándole muy recios golpes,

y diciendo estas palabras:
 ó falso viejo caduco,
 miserable tierra ingrata,
 que nos venciste, y has roto
 nuestros lazos y asechanzas!
 y arrastrándole por tierra,
 hiciéronle muchas llagas.
 Por dos dias y dos noches
 duró la grande batalla,
 y con lastimosas voces
 San Antonio así esclamaba:
 mi Dios Todopoderoso,
 no desampareis mi alma,
 que me ha dejado el demonio
 casi muerto en la montaña.
 Y el Señor piadoso y bueno,
 que siempre asiste y ampara
 á quien con corazon firme
 de veras lo invoca y llama,
 se le apareció y le dijo:
 ó Antonio! ó estrella clara!
 ejemplo de fortaleza,
 ya has roto las asechanzas,
 y has vencido al enemigo,
 que así engañarte intentaba.
 Bendito eres, y muchos
 lo serán por tu luz clara:
 haré que gozes de paz,
 y que sea coronada
 tu cabeza con corona
 de Angeles envidiada:
 serás defensor del fuego
 en mi Iglesia; y con estraña
 piedad le tomó el Señor
 de la mano, y le levanta
 de la tierra, y le sanó
 prontamente de sus llagas,
 y visible se subió
 á la celestial morada.

8
Quedóse entonces el Santo
entre ásperas montañas,
no viendo ya la ciudad,
que todo se volvió nada.
Y tomando su camino,
encontró á breve distancia
al hombre tegiendo redes,
y le dijo estas palabras:
ya me has compuesto la red,
para que yo á coger vaya
los animales silvestres?
Y por respuesta le daba:
falso y embustero viejo,
esta y otras preparaba
para hacerte á tí caer,
y has roto mis asechanzas;
apártate, que me quemas.
Y al punto se transformaba
en una grande columna;
y el Santo que la miraba,
conociendo era el diablo,
luego la cruz le enseñaba,

y se convirtió en un fuego,
que por los montes marchaba,
y huyendo por el desierto,
quemaba cuanto encontraba,
como si fuera algun rayo
bajado del alto alcázar.
Luego San Antonio Abad
hácia su ermita marchaba,
dándole gracias á Dios,
y á la Reina soberana,
Madre de los afligidos,
y amparo de nuestras almas;
y el demonio á los infiernos
con ligereza bajaba.
Y aquí el ingenio rendido,
dándole fin á esta plana,
de sus mencionados versos
humilde el perdon aguarda,
y que digan todos: viva
nuestra Madre soberana;
viva San Antonio Abad,
que á sus devotos ampara.

F I N.

VALENCIA:

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 18,
donde se hallarán otros diferentes.*